Este hombre que veis

Juan Cruz

Este hombre que veis, que escribe o calla, este hombre de barba blanca, a veces apesadumbrado y otras veces feliz es Ángel González, poeta. Lo conocí en Tenerife, él iba a leer versos, y lo primero que supe de él lo dije de inmediato en el periódico: era un hombre dotado para decir sí, y lo decía con convicción y melancolía. A lo largo de los años fui sabiendo más de él, nos hicimos amigos, compartimos noches y mediodías y juergas, y le vi fuerte y le vi débil, le di mi brazo y le di mi abrazo; estuvimos juntos cuando los dos éramos felices y cuando yo era feliz y él no lo era, y cuando él era feliz y yo no lo era, y hemos visto partidos de fútbol y conciertos, inventé para él colaboraciones y recitales, le mandé de viaje y a los toros, leí sus versos en reuniones de amigos, fui testigo de que algunos poemas suyos eran terapéuticos, porque le regalé su antología, *Palabra sobre palabra,* a muchos amigos que se pusieron saludables después de leerle, y le vi escribir o mirar o viajar y reír, y beber y reír. Le he visto en la alta madrugada, comiendo lentejas en un bar de mala muerte, o en un bar oscuro, le he visto preguntar y sonreír, ocuparse de los amigos; le he visto de lejos y de cerca, y siempre le he querido, le quiero. Un día, hace años, me dijo, «Se me está adelgazando el futuro»; él debía estar en torno a los setenta años, y ha seguido tan campante, con enfermedades sobrevenidas o viejas; le vi querer y ser querido, siempre, en mi tiempo de vida con él, le vi con Susi, ir y venir de Albuquerque, cuando dio clases y cuando ya no las dio, y le he visto en ferias de libros y en recitales poéticos en los que él cubrió siempre media hora de versos propios, pendiente luego de abrazar a los amigos, de irse con ellos a vengarse de la lenta noche. Cantamos en Libertad 8, le vi rasguear la guitarra en los mediodías del Huacamole, en la plaza de Olavide, y luego le he visto, feliz y saludable, recuperarse del tequila y del whisky y

del vino y tomar un avión, con Susi y con Pedro Ávila, con destino a los días de amistad con su amigo Manolo Lombardero. A lo largo de sus muchos años ha tenido fidelidades indestructibles, las mantiene como se mantiene la amistad, como los vinos buenos, y a su lado la alegría es algo que pesa, que es sólido, como su cuerpo pesa sobre el suelo. Me gusta saber de él, a veces llamo a amigos -Luis García Montero, Almudena Grandes, Joaquín Sabina, Chus Visor, Benjamín Prado-para saber de ellos cómo le va, si hace tiempo que no sé de él, y sé que mi sobrino Bernardo le arregla el ordenador o le ayuda a refrigerar su casa en el verano. Sólo una vez, o dos, estuve en su casa, en la que él ha inmortalizado el aire despavorido de su madre en tiempos de mayor incertidumbre. Le he escuchado hablar de la guerra civil y muchas veces, a pedido mío, me ha contado cómo fue aquella historia del soldado que le enseñaba a tocar la guitarra y que murió de un tiro en la cabeza en plena calle, y ante su presencia. Comparte con su madre el miedo a las guerras y al viento, y camina y mira largo, como si estuviera siempre a punto de escuchar una melodía que le gusta. Cuando está de viaje, cuando se va a Estados Unidos o a Oviedo, deja detrás una gran cantidad de poetas entristecidos porque cuando él está siempre hay como una mayor hondura en sus miradas, la alegría de tenerle aunque esté callado y ensimismado, pensando acaso en los versos que ya jamás va a escribir. Es un poeta en largo estado de espera; nunca tuvo prisa ni por publicar ni por escribir, ha dejado que el tiempo le venga y él lo espera viviendo. Cuando no dice nada no es porque no lo tenga dentro, sino porque él ha aplicado sus propias leyes de la urgencia. Ahora ya hace rato que se pasó de los ochenta, pero sigue siendo el hombre aquel a quien encontré en Tenerife, atento, diciendo sí con la cabeza y acaso con el alma negando, pero solícito y gentil, un caballero asturiano que siempre tuvo una montura ligera, casi portátil. Me sorprendió siempre su agenda, diminuta, escrita con su letra también minúscula; un día lo vi tachando los nombres de sus amigos muertos. Fue la misma vez que me dijo, melancólico, casi oscurecido por su tristeza de aire, que el futuro se le adelgazaba a él también porque cada día había menos amigos con los que celebrar la vida. Es curioso, inmediatamente después le crecieron nuevos amigos, nuevos lectores, nuevos compadres de la noche, y vivir

cerca de él, estar cerca de su poesía y de su persona, es estar seguro de que en el silencio se va a escuchar el rasgueo de una guitarra que primero que nada dice la palabra amistad. Este que veis, el poeta Ángel González, es un hombre emocionante y silencioso que siempre tuvo, tiene, la palabra justa, la del poeta civil que ahora anda preocupado, también, por lo que le pasó a este o a este o a aquel otro. Decía Juan García Hortelano, su gran amigo, que cuando llegaba a Madrid se alegraban los camareros. Claro, los camareros y todo el mundo. Cuando vuelve a Madrid vuelve un hombre que pesa sobre el suelo como pesa sobre el suelo este hombre llamado Ángel González, poeta.